

## UN RECONOCIMIENTO A LO DESCONOCIDO

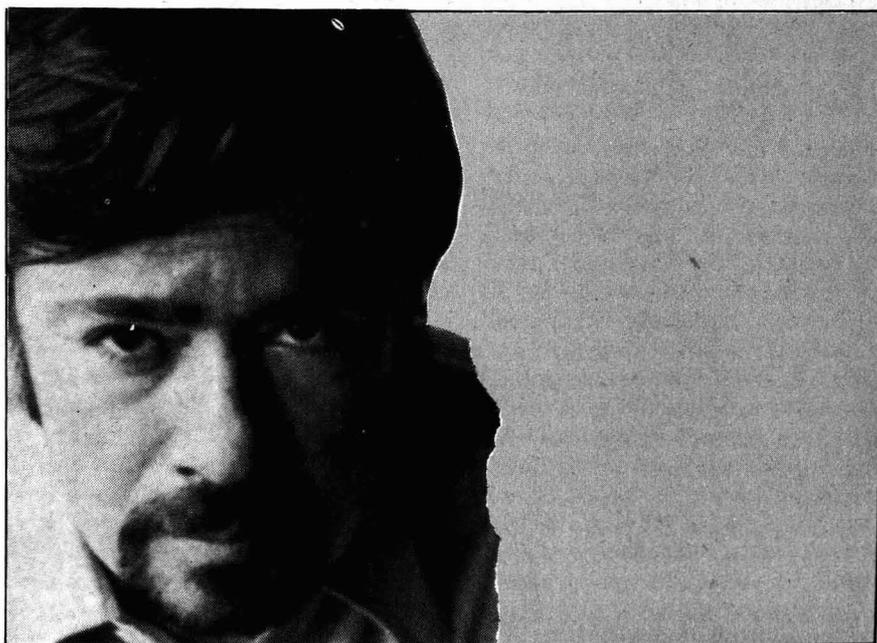
La literatura fantástica es uno de los géneros que ha contado y cuenta con un número mayor de lectores. A pesar de las condenas a que ha sido sometido este exceso de ilusión según las veleidades de la época, el público sigue gustando de las historias que tratan sobre crímenes inexplicables, apariciones de fantasmas, pactos demoniacos y hechicerías. Relatos de seres sobrenaturales que desfilan por los pasadizos extraños que constituyen el reino de la alucinación. Por lo demás, la literatura fantástica tiene la bienvenida de las mayorías porque lo fantástico está vinculado a las primeras impresiones de la infancia; así, y al margen del mundo reflexivo, lo fantástico aflora en la tradición popular y es una herencia compartida. Y, aunque presente en todas las culturas —nadie olvidará *Las mil y una noches* o los cuentos de horror chinos—, en Occidente esa narración fantástica ha desarrollado más sistemáticamente su carrera, sobre todo a partir de los románticos y los decadentes. En México, su cultivo ha sido procurado con atención menor y su campo es poco frecuentado a excepción de algunos casos, entre los que figura Ignacio Solares. Autor de varias novelas, Solares ha sabido madurar en el género. En su último libro, *La fórmula de la inmortalidad*, vuelve a retomar la secuencia temática de lo desconocido expuesta ya en dos obras anteriores: *Puerta del cielo* y *Anónimo*. La intriga del relato (cuya técnica es muy simple: voz del narrador en primera persona y diálogos entretreídos adecuadamente), está urdida de acuerdo con el cuento tradicional de fantasmas. Su diferencia consiste en que la historia, fuera de los escenarios acostumbrados, se desarrolla en la urbe y en el seno de una familia de clase media modesta, características que Solares maneja para lograr esa sencillez que —como ha señalado Brushwood— alcanza el equilibrio oportuno entre lo familiar y lo sobrenatural.

El punto central del libro es la muer-

te del padre de Mario y la incidencia de su espíritu en el mundo de los vivos. Las primeras frases resumen el tema de la muerte y nos sitúan ya en el ambiente del misterio: "Nunca olvidaré la primera vez que me pasó por la cabeza que papá podía morir. Era una noche de diciembre, hacía frío y estaba solo en la casa". La voz de Mario se encarga de relatarnos la vida cotidiana de su familia, pero al lado de ella cuenta situaciones que suscitan extrañeza en el lector, como los juegos paranormales que realizan sus padres y él o el placer empecinado que siente el padre por los asuntos del más allá. En el relato se entrecruzan historias de aparecidos, que resultan de experiencias personales, contadas por el padre y por la tía. Después de morir su padre, Mario lo ve en repetidas ocasiones, una de ellas a la manera muy clásica del fantasma tras el vidrio empañado de la ventana. Las visitas del ánima se suspenden cuando Mario se casa y sólo cuando la madre muere el hijo y la mujer agonizante vuelven a tener la última visión del muerto.

El valor de los textos de Solares radica en que permiten dos niveles semejantes de lectura: como literatura de entretenimiento y de fácil acceso y como literatura imbuida de un hálito místico, es decir: que contempla también los aspectos metafísicos —principalmente el relativo a la dualidad cuerpo-alma. La razón que une ambas vertientes es la textura viva de esta es-

critura que tiene su punto de arranque en la creencia de que las novelas se escriben con vivencias y demonios y no con alegorías que representen ideas *a priori*. Así, y como conocedor estricto de las técnicas de lo fantástico, Solares elabora relatos que pertenecen al subgénero de lo maravilloso y donde lo sobrenatural goza de plena aceptación. Sus personajes no dudan y prueban con su versión, en principio y fin, los acontecimientos raros. Sin embargo, la narración sabe conservar al lector en la indecisión y cabe preguntarnos, desde allí, si lo que se cree captar no es tan sólo producto de la imaginación. Raíz de la fantasía, de lo fantástico y del fantasma es su impalpabilidad. De ahí que penetrar en lo fantástico sea situarse en ese breve lapso de vacilación entre lo real y lo ilusorio. Aunque el autor es el guía en la aceptación de lo inexplicable, en el texto la existencia del fantasma queda abierta a dos posibles: o los fantasmas están afuera, en la medida en que los vemos y oímos (como en el caso del papá, que es visto por tres personas) o se llevan dentro según la primera visión que de su padre tiene Mario en el cine ("Fue una tarde en que entré al cine Gloria con un amigo a ver una película de vaqueros la primera vez que pensé: papá está conmigo... La convicción no me abandonó durante toda la película... Me dije ¿y si le hablo a papá, y me responde? Y me respondió. Todo sucedió dentro de mí, pero estaba seguro de



Ignacio Solares

▲ Ignacio Solares: *La fórmula de la inmortalidad*. México, Compañía General de Ediciones, 1982.

que no sólo sucedía dentro de mí"). Las dos situaciones parecen fundirse en la locura para obligarnos a salir de lo que creemos normal. Este es el eje fundamental de la historia: traspasar la frontera de lo desconocido arriesgando el sentido lógico tanto en los personajes como en el lector.

Entre Mario y el tío Carlos se establece una comunicación con el mundo de los espíritus; y tanto el niño como el alcohólico —reminiscencias del reportaje *Delirium tremens* y de las incursiones de los poetas malditos a través de la droga— están dotados de una lucidez convincente. Así, la solución del libro rememora las tesis de Swedenborg en las que el hombre recuerda y se acerca al mundo de los vivos por sus afectos. No en vano Solares cita a Thornton Wilder: "Hay un país de los vivos y un país de los muertos; y el puente entre ambos, la única cosa que subsiste, lo único que cuenta, es el amor" (*El puente de San Luis Rey*).

Rocío Montiel

## DE FILOSOFÍA

### XIRAU Y LO SAGRADO EN LA FILOSOFÍA DE WITTGENSTEIN

Movidos por la enorme importancia del aspecto lógico del *Tractatus logico-philosophicus*, frecuentemente nos desentendemos del 'otro' Wittgenstein del *Tractatus*, del Wittgenstein 'callado', del Wittgenstein místico. No así Ramón Xirau (Barcelona, 1924), ensayista y poeta espléndido (que escribe en catalán), quien ya se había ocupado en algunos de sus libros de ciertos aspectos de la filosofía de Wittgenstein —tómense como ejemplos, en Cuadernos de Joaquín Mortiz, su trabajo sobre el lenguaje privado en *De ideas y no ideas* (1974), y su referencia a lo místico en *Poesía y conocimiento* (1978)—, quien ahora le dedicó al gran filósofo vienés una sesión de su reciente ciclo

de conferencias "Tres pensadores y lo sagrado" (organizado por El Colegio de México y realizado del 11 al 25 de agosto pasado en la Pinacoteca Isidro Fabela de San Angel) donde trató expresamente el tema, es decir, el relativo misticismo de Wittgenstein.

Xirau centró su conferencia en el examen de dos obras de Wittgenstein: los *Notebooks* (*Libros de notas*, 1913-1914) y el *Tractatus logico-philosophicus* (*Tratado lógico-filosófico*, 1916), advirtiendo que iba a hacer gracia al público al no referirse a aspectos como la armazón lógica, tan compleja, del *Tractatus*. (En algún momento de la conferencia, tras un instante de preocupada reflexión, dirigió al auditorio una pregunta que él mismo respondió de inmediato: "¿No nos vamos a meter con metalenguajes, verdad? No, no...") Después de una detallada revisión del marco histórico en el que transcurrió la vida de Ludwig Wittgenstein (1889-1951) —se sabe que fue un vienés de origen judío, hombre muy activo, que participó en la primera guerra mundial, y que la crítica, el rigor y la claridad del pensamiento característicos de la época condicionaron fuertemente su obra—, Xirau pasó a exponer su particular interpretación del *Tractatus*. "Creo que frecuentemente —dijo—, el *Tractatus* ha sido mal interpretado. Se ha visto en él un libro de lógica, de epistemología, incluso de ontología; y todo esto es cierto, pero no se ha atendido bastante a lo que Wittgenstein dice ya desde el prólogo del *Tractatus*"; y efectivamente, Wittgenstein sostenía ahí, respecto a los logros de su obra: "...los problemas han sido, en lo esencial, finalmente resueltos. Y si no estoy equivocado en esto, el valor de este trabajo consiste, en segundo lugar, en el hecho de que muestra cuán poco se ha hecho cuando se han resuelto los problemas". Esta afirmación ya implica una distinción fundamental que Wittgenstein trazaría en el *Tractatus*: para fundar un sistema lógico total es necesario establecer previamente una separación entre aquello de lo que puede hablarse con claridad (lógica, matemáticas, ciencias experimentales) y aquello de lo que no puede hablarse (lo místico: ética, estética, metafísica). Al respecto es famoso el epigrama de Wittgenstein: "De lo que no se puede hablar, hay que callarse" (*Tract.* 7.) —la corrección a la traduc-

ción castellana tradicional, "De lo que no se puede hablar, mejor es callarse", es de Xirau: el alemán 'mus' pasa al español, según él, como 'hay'. Es decir, los problemas formulables, 'decibles', pueden plantearse en proposiciones lógicas para llegar, a partir de ellas, a una demostración, a una solución; en cambio, todo lo que no puede formularse, lo 'indecible' (en términos más técnicos; lo que es común entre la estructura de la proposición y la estructura del hecho al que se refiere la proposición), no es demostrable y tampoco es soluble, sino tal vez mostrable. Y bien, lo que verdaderamente importa a Wittgenstein, explicó Xirau, es justamente lo que no ha podido realizar, esto es, "el mundo de lo que se muestra o de lo que podría mostrarse, que no puede demostrarse ni verificarse, lo místico, lo que se nos manifiesta en lo que me gustaría denominar la 'experiencia del límite'".

Ha de tenerse presente que según Wittgenstein el mundo está limitado, al menos en un sentido lógico, y tanto el mundo (los hechos en el espacio lógico, *Tract.* 1.13) como el pensamiento son 'lógicos' (Cf. *Tract.* 3.03 y 3.031) y pertenecen, por tanto, a la esfera de 'lo que se puede decir'. Y, por otro lado, Wittgenstein decía: "La lógica llena el mundo; los límites del mundo son también sus límites (...) los límites del lenguaje (el lenguaje que yo sólo entiendo) significan los límites de mi mundo" (*Tract.* 5.61 y 5.62). Es decir, el mundo está lleno de lógica pero, por otra parte, la lógica no puede abandonar el mundo para explicarlo *a priori*, pues 'vive' en él y, en consecuencia, está sujeta por los mismos límites del mundo. En vista de lo anterior, Xirau explicaba que es precisamente lo que está en los límites del mundo, o más allá de esos límites —esto es, aquello 'de lo que no se puede hablar'—, lo que en el fondo es más importante. Y de esto existen suficientes testimonios. En el mismo *Tractatus*, por ejemplo, se dice: "...Una proposición únicamente puede decir cómo es una cosa, no qué es una cosa (...) El sentido del mundo debe quedar fuera del mundo. En el mundo todo es como es y sucede como sucede: en él no hay valor alguno..." (Cf. *Tract.* 3.221 y 6.41). Xirau insistió dos pruebas más: 1. Una carta que Wittgenstein dirigió a su antiguo maestro Russell, en donde le hacía ver que todo el asunto de las proposi-